

# EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 26 DE MAYO DE 1895

Num 7.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

*Arturo A. Ambrogi*      *Víctor Jerez*

SECRETARIO DE REDACCION:

*Isaías Gamboa*

Co-REDACTOR:

*J. Antonio Solórzano*

## Tedio

Y arrastrará hasta tí la risa flébil  
Del céfiro burlón el canto mío;  
De mi espíritu enfermo la voz débil  
No llegará á ocultarte lo que ansío.

La atrofia del recuerdo me consume:  
En la alcoba desierta del pasado  
Ya no queda siquiera ni el perfume  
De las vírgenes blancas que hube amado.

En mis noches de insomnio, cuando, ciego,  
En mi interior, como ladrón, me escondo,  
Indolente me siento á todo ruego  
Y ni al grito más íntimo respondo.

Los extraños espectros del ensueño,  
De mi cerebro al resplandor se agrandan  
Y parecen, á fuerza del empeño,  
Ronda de seres que murmuran y andan.....

Yo vegeto en el páramo del mundo,  
Enlazado á una virgen ya difunta;  
A la lumbre floreal de un sol jocundo  
Mi espíritu á su espíritu se junta.

Soy un huésped no más en esta vida;  
Vago errante, de todos olvidado;  
Ya en la tierra ninguno me convida  
A gozar de las dichas que he gozado.

Al cortejar tu juvenil altojo,  
De mi callada soledad al yermo,  
Siempre verás que vacilante arrojo,  
Si flor, un loto; pero un loto enfermo.

¡Necesito otra vida en mi albedrío,  
Otra vida mejor que no sea esa,  
En que sólo las almas tienen frío  
Y en que sólo la boca es la que besa!

ADOLFO GARCÍA

## En un album

*A Lydia*

Cuenta la brillante historia  
De las clásicas edades,  
Que rendía á las beldades  
Soberbio blasón de gloria.

Por ser triunfante adalid,  
Esgrimían los aceros  
Esforzados cal alleros  
En desesperada lid.

Y el que alcanzaba la palma  
Ostentaba, satisfecho,  
Hermosa banda en el pecho,  
Mas llevando herida el alma.

Ah! si volvieran las de antes  
Edades de poésia,  
Tu caballero sería  
En las batallas galantes.

En esas cortes de amor,  
Al pie de tu celosía  
Sus cantos entonaría  
Tu rendido trovador.

Que había de dar envidia,  
Difícil de contener,  
Por una *Lydia* vencer  
O sucumbir en la lidia.

VICENTE ACOSTA

## Líneas

Mi amada en el jardín. Llegó sedienta  
Una abeja á picar sus labios bellos,  
Y harta de miel y néctares divinos,  
Dejó, en cambio, veneno.

Y desde que esto supe,  
Sé por qué estoy muriendo,  
¡Ay, si mi amada en sus ardientes labios  
Tiene la muerte y me la da en sus besos!

ISAÍAS GAMBOA.

## Revista teatral

(DE DOMINGO A JUEVES)

Ya! Ya! Ese 'don Miguel Echegaray, ese "señor" que me carga y que no tiene en *Enseñar al que no sabe* y en *Sin familia* ni pizca de gracia, ni un medio centavo de desparpajo, se nos ha presentado la noche del domingo recién pasado hecho un... ¡Qué dirè! El maldito me ha hecho reír con *Los Hugonotes* que ha sido un contento! En esta obra suya no me carga. ¡Faltaría más que le digera yo, ahora, en pago de todo lo que me hizo gozar y reír esa noche: "¡Ud. es un majadero!" Ahora le digo, con la última ráfaga de una sonrisa aun en los labios: *Los Hugonotes* son deliciosos! Tiene mucha sal; muchísima, amigo, hasta el punto de hacerlo destirnilarse á uno; mucho ajo, mucha pimienta. Ah! Me parece que se nos ha presentado don Miguel vistiendo casaca nueva. Ha dejado en el guardarropía de casa el *frac* contrahecho y el chaleco de terciopelo rojo y el parasol de blanca tela, que talvez fue de algún abuelito. "¡Ahora sí!—me dije yo.—Esto sí es bueno!" Y me retoreía de risa en mi butaca, con las *sencilleces* de don José y las torpezas de colegial de Cándido. Doña Virtudes es una vieja que filosofa demasiado y su *virtud* tiene vuelta de hoja. El Coronel es un campechano que siente la envidiable y envidiada "dicha de vivir."

La *troupe*, en la representación de *Los Hugonotes*, ha tenido un éxito brillante, que era en verdad inesperado.

Buxens se portó admirablemente. Caracterizando el don José, le he aplaudido á rabiar. Ha asentado ya la buena fama que tiene entre el público como artista de mucha valía. Como actor dramático de es ley buenísima. Como actor cómico, ¡oh por Dios! ¡*per la mia vitta!*, ¡qué resalado! El viejo tímido, burguesote, que ríe torpemente y lee *La Correspondencia* y se santigua como un bienaventurado; ese viejo verde que se torna ya, con el tiempo que va corriendo, de color de hoja seca, y que á su escape inesperado, una noche, hace resucitar, al amor del vino y del golgorio, sus hábitos dormidos para siempre, como creía doña Virtudes, ese don José, enflautado en el ancho *frac* del amigo que ha vuelto de Cuba, y que lleva pañuelo tinto en el bolsillo, cuando todos los usan de batista, ese que en su borrachera se limpia las narices con la manga del *frac*, como un cocheo malerado, tuvo en Buxens un protagonista inmejorable. ¡Bravo, Buxens! Por mi parte, reciba Ud. un abrazo estrecho! Eh! Recíbalo Ud. de este cronista que le quiere tanto y le admira mucho más.

La Rodríguez de Buxens nos dió una *Leopoldini* que ¡vive Dios!, estuvo á punto de cogernos en una trampa. Llegué yo á creer que Lola, la hermosa artista, fuese en verdad la cantante aquella que jugaba con los corazones de sus amantes como un chicuelo juega con sus *rorros*.

Se ha portado bien, muy guapísima. Y en prueba de ello, acudo yo á los aplausos sin número que el público le prodigó á cada instante.

Ah! Ya ven Uds.? Banuet estuvo esa noche como ni yo, ni Ud., caballero, ni el de más allá, nos imaginábamos. Estuvo espléndido. ¡Si así estuviera siempre! Yo se lo he dicho ya: "Puede Ud., amigo Banuet, hacerse mimar del público! Tiene Ud. mucho talento, felices disposiciones, pero como que Ud. no estudia. Estudie mucho y ¡tendrá buenos resultados! Ud. lo ha visto ya. El público le ha aplaudido muchísimo, viéndole hacer con tanta propiedad y tanto aplomo el Cándido. ¡Valiente cosa! ¡Cándido! El pobre muchacho que estudia para cura y que no sabe cuántos son los papas y que engaña con su humildad de santo de piedra á su pobre mamá, llega á ser sorprendido por esta entre los brazos rollizos y y albos de *la Leopoldini*. Ah! Volved la hoja del libro abierto! Consecuencia de enclaustrar á los chicos y hacerles ver de color rojo lo que es azul, muy azul.

La Curieses... Muy bien en *María*. ¡Vamos, chico, que cada día me agrada más esta moza *resalaa!* Sí, chico, nos ha sabido coger en sus redes, ¡y!, ¡felices si llegamos á salir con cuidado! Lo que soy yo, me quedo en mi casa, es decir, en estos rincones de "El Fígaro", deshojando rosas sobre el papel, en honor suyo.

Huertas... ¿Para qué repetir tanto lo que ya se ha dicho de él? Le consideramos como un actor cómico notable. Ese aplomo con que pisa las tablas denota al "hombre de casa." Está avezado ya á esa vida de trajín.

Todos los demás se portaron bien. La Acevedo, en doña Virtudes; la Blanco, en Petra; Coll, en el Arturo, etc., etc. Hasta el apuntador estuvo bien. No molestó tanto con su incesante mosconeo, que es tan molesto. Ojalá continúe así.

Se pusieron también en escena "Los Corridos", chistosísima comedia madrileña, en que se lucieron Buxens, la Rodríguez, Huertas, Banuet y la Blanco.

La velada la abrió Buxens, recitando el hermoso monólogo *Luchando*, en que luce sus dotes de declamador. El monólogo, de autor que no conozco, ni de nombre, no vale un *pepino*. Lo que es de admirarse es, cómo lo declama Buxens, con tanta soltura y tanta naturalidad.

El *Chateau Margaux* que estaba anunciado se quedó en la bodega. Parece que el mayordomo perdió las llaves y Julibert no pudo hacernos probar ese vino *Barbera*. Para otra noche nos lo ofrece. Veremos si sabe cumplir su palabra empeñada.

\*\*\*

JUEVES 23—Se llevó á la escena, por segunda vez, la aplaudida comedia en tres actos y en prosa, *Divorciémonos*, del gran maestro Victoriano Sardou. Como final de velada, y también por segunda vez, se recitaron *Los Hugonotes*, en dos actos y en verso, del escritor madrileño don Miguel Echegaray.

Las partes de la Compañía que tomaron par-

te en el desempeño de los papeles de la obra, bajaron por salir avantes. Y lo consiguieron; á excepción de Coll y Ferrer y la Acebedo, que en la escena hacen verdaderas *planchas*.

El primer acto de *Divorciémonos* estuvo bastante frío, á pesar del entusiasmo y el fuego que quiso infundirle la hermosa señora de Buxens. El señor Buxens, en el 2º y 3º estuvo de perlas. Y se mereció aplausos muchos. Como siempre, Huertas supo conducirse bien. Banuet hizo en esa noche el Aldemar mejor que la noche del extremo.

*Los Hugonotes* resultaron bien, en conjunto.

\*\*\*

Para el jueves entrante el amigo Julibert nos ofrece la obra reciente de José Echegaray, "Mancha que limpia", que fué estrenada en el Teatro Español de Madrid en el mes de Febrero recién pasado. Nos alegramos. Por vez primera, seremos nosotros los que oiremos esa obra, que según juicios de críticos distinguidos, es un dechado de primores; la obra más hermosa que haya brotado de la pluma fecunda de ese mago del teatro castellano.

El éxito obtenido por Echegaray en Madrid con "Mancha que limpia" fué brillantísimo.

Según la preciosa revista sobre esa velada y sobre ese drama, escrita por Miguelito Pardo, que vive en Madrid, el éxito fué tan colosal, "que no se recuerda otro semejante en la historia teatral de España".

Un dato más. El público iba predispuesto con el autor, "resuelto á reventar á Echegaray por el mismo procedimiento usado con autores de fuste: con el bastón, el siseo y la silba si le apuraban".

Sigue hablando Pardo.

"Al levantarse el telón, los admiradores del Maestro pudieron adivinar—no sin cierta emoción—la hostilidad del "Implacable;" y el primer acto de *Mancha que limpia* lo escucharon con el alma en un hilo, en medio de un silencio sepulcral. En el segundo empezó á calentarse aquella atmósfera ó empezó á sentirse la gente subyugada por el genio: el hielo al fin se rompió en una escena maravillosa y los aplausos se iniciaron, francos y sin reparos. El peligro del tercer acto, sin embargo, era mucho mayor á pesar de que el interés crecía y el diálogo y todo iba adquiriendo vigores de victoria y hermosas ideas nuevas: esas ideas deslumbrantes que sólo Echegaray sabe manejar en el teatro. Cuando llegó el último acto, el cuarto, la espectación creció de punto: las situaciones del drama eran verdaderamente briosas; la bravura del genio, por así decirlo, señoreaba sobre aquel público casi domado; y el trágico desenlace, ensanchado por la estrategia eminentemente dramática, se presentó en toda su grandeza: entre gritos vibrantes de pasión y filigranas de estilo, entre apóstrofes frenéticos de amor y rugidos hermosos de venganza.

"Aquel público entonces, exaltado "por la magia del genio", se puso de pie y comenzó á victoriar con frenesí al autor preclaro. Fué uno de esos instantes inenarrables en que caballeros y señoras poseídos de entusiasmo delirante se con-

fundían sin distinción alguna para rendir el homenaje de la admiración sincera *al primero entre los primeros* de los dramaturgos españoles. Las últimas frases de la obra no se oyeron; la gloriosa interrupción—por que así puede llamarse—fué de tal suerte extraordinaria, que no se recuerda otra semejante en la historia teatral de España".

Gracias, amigo Julibert. El público, "el amado monstró", sabrá pagar con hartó agradecimiento sus complacencias.

Al teatro! Al teatro! A gozar, á aplaudir al más grande de los modernos autores dramáticos de España.

\*\*\*

Otra novedad.—Para muy luego *El Dúo de la Africana*, la deliciosa zarzuela que tan ruidoso éxito ha tenido en donde quiera que se ha representado. La música de *El dúo* es primorosa y la letra, que de paso diré que es de *mi querido* Miguel Echegaray, no desmerece al lado de tales exquisiteces de ritmos y de notas.

Se preparan *Los Hermanos Rantzau* de los Ermann —Chatrian y *Fernanda* de Victorien Sardou.

CONDE PAÚL

\*\*\*

## M. Amaury de Pierrefont

Siempre había soñado ser un gran poeta, un gran escritor. Soñaba con los triunfos, con la gloria, con todos esos brillantes oropeles que se duzen y atraen como la luz á la mariposa. Soñaba en llenar el mundo con sus sonoros versos y se imaginaba oír su nombre, glorioso y triunfal, aclamado en todas partes entre el sonar de los cobres y los dítirambos desbordantes.

Vamos! El creía que había nacido para algo más que para llevar el sombrero en la cabeza. Adivinaba, ó, más bien, conocía el poder de su inteligencia, y en su cerebro creía percibir las palpitations de la idea, que golpeaba las paredes de su cráneo, forcejando por salir triunfante de su cárcel.

Desgraciadamente, no había encontrado el medio de darle salida á su "inspiración." ¡Oh! A haber podido hacerlo, qué versos los que habrían brotado de aquella cabeza soñadora, que se erguía con altivez, como si se sintiese orgullosa de su propio valimiento!

El señor de Pierrefont había sentido ya, en efecto, varias veces, todos los síntomas de un gran *alumbramiento*: ese latir del corazón á la proximidad de la musa, que toca quedo, muy quedo, como la amante á quien esperamos, los cristales del balcón: esa fiebre, esa pequeña excitación nerviosa que se apodera del poeta en el momento de concebir la idea. Pero el caso es, que en el instante preciso de sentarse á la mesa, al ir á tomar la pluma, las ideas huían á la desbandada, como pájaros asustados por la presencia del cazador. Entonces era de verle con aquellos sus ojos claros, abiertos de par en par, mi-

rando fijamente el tapiz de la pared, con una de las manos oprimiéndose la frente y en la otra la pluma, húmeda aún, apretada entre los crispados dedos. ¡Qué lástima,—pensaba—haber dejado escapar una ocasión tan propicia! Y no había remedio; era necesario dejarlo para después, para cuando llegase nuevamente la musa blanca y grácil, de ojos azules como el cielo y cabellos color de oro, que, como amante solícita, había acudido á la cita, y á quien él, pobre mentecato, no había podido recibir.

Solo, en el silencio solemne de la noche, cuando en la atmósfera flotan ruidos extraños y misteriosos, era él quizá el único mortal que permanecía en pié, paseándose meditabundo por su cuarto, excitado y nervioso, dominado por la obsesión implacable del deseo de producir algo que satisficiera su ambición de fama. Más de una vez había recurrido al alcohol como medio de excitar su calenturiento cerebro, y siempre había preferido el ajenjo, que según había leído, es el licor preferido de los poetas. El resultado, como bien comprenderéis, era que siempre pescaba sus buenas borracheras, que le obligaban á buscar el lecho y le sumergían en un sueño pesado y febril.

La verdad: en el estado á que había llegado no le era posible retroceder. Familiarizado en demasía con su idea, ésta parecía haberle cogido entre sus garras y le torturaba cruelmente, sin dejarle espacio para pensar en otra cosa. Sin saber cómo y sin haber puesto ningún empeño de su parte, había llegado á formarse cierta atmósfera de prestigio entre las gentes. No lo creeréis, seguramente; pero es lo cierto que se le tenía por sabio. Y en verdad no faltaban razones para ello: á mañana y á tarde se le veía en su cuarto con el libro sobre las rodillas, leyendo en voz alta con aquella su voz que sonaba á cobre; siempre estudiando, consultando grandes infolios y tomando notas; y luego, era su continente tan grave, tenía una calva tan reluciente y aparentaba un modo tan indolente y reposado, como hombre dueño de sí mismo, que no podía menos de pensarse que allí se ocultaba una gran cosa.

Hablando con franqueza, no podemos alegar nada en contrario respecto de lo último; pero debemos confesar que para salir garantes de tales afirmaciones, necesitábamos conocerle el pelo, como se dice vulgarmente. Hasta aquella fecha, nuestro personaje había permanecido en la penumbra del misterio; nadie conocía su modo de pensar, sus opiniones, sus ideas; no se sabía de qué escuela literaria ó filosófica formaba parte—(porque habéis de saber que en aquel entonces era necesario pertenecer á alguna escuela; la romántica, por ejemplo). Pero, en fin de cuentas, qué importaba á las gentes meterse en tales averiguaciones? Nadie ignoraba que escribía, y eso era suficiente. Más de un curioso habíase parado frente al balcón que daba á su escritorio y le había visto inclinado sobre la mesa, *rac, rac, rac*, escribiendo febrilmente y tirando al suelo cuartillas que no tenía tiempo de leer. Todavía existen personas que puedan dar testimonio de esto, y más

aún, quienes aseguren que el señor de Pierrefont tenía escritos dos ó tres volúmenes sobre no sé qué intrincada cuestión social.

Los jóvenes, los que se iniciaban en la carrera de las letras, le miraban con cierto respeto mezclado de admiración, y cuando de él hablaban, lo hacían quedo, muy quedo, como cuando se está en el interior de un templo.

Ved, pues, si tenía ó no motivos para no darse por vencido y si no valía la pena de que se exprimiera el meollo para escribir algo digno de él. Y no hacerlo hubiera sido imperdonable, además de que con ello habría defraudado las esperanzas que en él tenía fundadas la generalidad.

Erale, pues, de todo punto necesario escribir cualquiera cosa para satisfacer la avidez del público y de algunos terribles amigos suyos, periodistas de profesión, que le asediaban y le cercaban y ponían en situaciones asaz críticas. Cuando esto sucedía, nuestro hombre no hallaba excusas suficientes: sus muchas ocupaciones... el trabajo de encontrar un asunto importante... luego, se mantenía muy enfermo, ¡oh sí! muy enfermo... la terrible neurosis... ustedes saben bien que esta es la enfermedad dominante, que ataca al hombre que se dedica á las faenas de la inteligencia... Los amigos, por supuesto, se mostraban satisfechos y acaso también le daban la razón. Pero el público... oh! el público se iba poco á poco cansando de esperar y amenazábale con olvidarle por completo.

Había otra circunstancia que preocupaba con más insistencia al héroe de nuestra historia: sus admiradores se proponían hacerle entrar en la Academia, y solo esperaban que apareciese su primer libro, ese libro por todos tan esperado, para lanzar su nombre en medio de los "inmortales."

Esto había acabado de trastornarle el seso. El amor propio, el orgullo, la vanidad, se revolían dentro de su pobre cabeza hueca y casi le habían vuelto loco. Sus ojos apagados, perdidos dentro de las órbitas; su rostro demacrado y macilento y el aire de tristeza que se notaba en su semblante, indicaban á las claras sus luchas y sus desvelos por alcanzar esa gran fama que había sido y era á la razón el único ideal de su vida.

Más de una vez había logrado terminar un trabajo; pero después de haberlo leído y releído, lo encontraba tan malo, que lo destruía á pesa suyo. Y es que el pobre poseía un espíritu analítico y crítico tan exagerado, que le hacía encontrar faltas graves donde solo existían pequeños defectos de forma. Lo que escribía no era malo en realidad; tenía chispazos de ingenio, claridades que revelaban la existencia de un foco interior; pero nada le salía que fuera de su entero agrado.

Sucedía que en su alma flotaba una vaga aspiración hacia la perfectibilidad, y como el molde de sus ideas no era sin duda de buena fábrica ó no estaba bien pulimentado, la forma naturalmente no le salía tan tersa y tan limpia como la deseaba.

El señor de Pierrefont tomaba por inspiracio-

nes las vagas ideas que poseía, y ayudado por su imaginación las vestía allá en su mente con ropajes espléndidos y vaporosos. Sus muchas lecturas habíanle llenado de ilusiones y creía tener un conocimiento perfecto de todas las cosas, hasta el punto de considerarse con fuerzas suficientes para llegar á ser un escritor; pero resultaba que aunque en realidad había adquirido un gusto artístico bien educado, fino y nada vulgar, sus ideas eran inconexas y flotaban en su cerebro como irisadas mariposas que revolotean libremente sin que pueda aprisionárselas.

¡Cuántos van así por el mundo, con el cerebro lleno de sol, tras empresas irrealizables! ¡Y cuántas caídas lastimosas, de esas que no se olvida jamás y que dejan en el alma heridas incurables! Como el bueno y sencillo pastor de Provenza, aquel pobre soñador de que nos habla Alfonso Daudet en su *Numa Roumestán*, van con su pífano sonoro, deslumbrados por el ideal de la fortuna, en pos de éxitos imposibles, siempre burlados y escarnecidos por el vulgo que no les comprende!

El señor de Pierrefont luchaba en vano por encontrar la puerta misteriosa que conduce á la gloria, y enfermaba, sí, enfermaba sin remedio.

Naturalmente, eso no podía tener otro desenlace. Un día, tras larga vigilia, sintió horribles desvanecimientos de cabeza, sudores fríos, grandes palpitaciones en el corazón, y luego una sombra densa cubrió sus ojos y cayó de su asiento exánime, en un profundo desmayo.

La ciencia hubo de agotar sus recursos para salvarle, y cuando pudo volver en sí de su letargo, los médicos le aconsejaron una completa abstención de todo ejercicio mental y de todo aquello que pudiese alterar la delicada estructura de sus nervios.

Han pasado muchos meses desde esa época y ya no había vuelto á saber de él, hasta que, hace poco, recibí una gran esquela con orla de luto, concebida en estos términos:

M. Amaury de Pierrefont,

miembro electo de la Academia, ha muerto.

Sus amigos y admiradores invitan á Ud. para sus funerales.

La catástrofe se había consumado. Aquella pobre cabeza, que había secado el desvelo y la fatiga, se llevaba vírgenes sus ideales de grandeza, sus sueños de poeta, sus ambiciones de fama y de renombre. Pudo decir, como Chénier, que "en su cabeza aún había algo," con la diferencia de que ese "algo" nunca pudo salir á luz. Las gentes, al ver pasar el cortejo, se decían tristemente unas á otras:

—Ese señor era una gran cosa.....

CARLOS G. ZELEDÓN.

## Flores marchitas

Cuando entreabro la urna que guarda  
las viejas reliquias  
de pasados amores, que fueron  
mis dulces delicias,  
y leo las cartas que escribió temblando  
la pálida niña,  
que fué reina absoluta de mi alma  
en mejores días,  
y contemplo los rizos oscuros,  
atados con cintas.  
que la mano implacable del tiempo  
dejó desteñidas,  
y beso el retrato, retrato en que vaga  
su dulce sonrisa,  
ay! entonces yo siento que vienen,  
en las alas de húmedas brisas,  
rumores de besos, sollozos, suspiros  
y tiernas caricias,  
y suaves aromas  
de flores marchitas.

J. ANTONIO SOLÓRZANO

—\*—

## Gutiérrez Nájera, cronista

Puck.....Al calze de sus hermosísimas crónicas dominicales en *El Universal*, ponía Manuel Gutiérrez Nájera este seudónimo sonoro. Tras él se ocultaba, para los que le desconocían; pero no para los que, hasta en el rasgo furtivo de la gacetilla ó el broche picarezo de un *entrefilet*, lo sabíamos descubrir á él, que era todo un artista y que sabía cómo se va por el camino del bosque, sobre rosas, sin estrujar sus pétalos, ni pisotear los tallos tiernos.

¡Qué delicioso revistero era él! Una de esas páginas, escritas al trote de la pluma, era una obra maestra. Creo yo que, muerto él, ninguno las hará como él las sabía hacer: nadie ha recogido esa pluma abandonada, como diz que Paul Saint Víctor se guardó, en los bolsillos de su paletó, la de Theophile Gauthier, cuando este exquisito cometió la debilidad de morir. Tenía su estilo toda la ligereza, la picardía, la gracia y el arte crepitante de un *chroniquer* parisien, de los maestros. Era un Mendés, un Scholl, un Paúl Fouquier, que vivía en Méjico y que escribía en castellano cosas que en francés serían joyas valiosas de estilo y novedad y revolucionarían la curiosidad de las ciudadanas de Parsís.

Del hecho más insignificante, del asunto más trivial, de la noticia artística última, hacía asunto suficiente para bordar sus crónicas y sacar punta á su gracia y agudeza. ¡Y que para escribir tantas cuartillas, que fuesen suficientes para llenar varias de las columnas de letra tan menuda de la edición dominical de *El Universal*, se necesita fuerza extraordinaria, buen acopio intelectual y una imaginación.....tan rica como la

de Puck! Y eso fuera de su enorme tarea periódica, de su lucha política. Era esa una escapada rápida al país de la fantasía: un descanso.

Era fecundo, asombroso.

Su pluma trazaba lindos cuadros, á la pluma, como por mera travesura, por pasatiempo, como se hacen al margen ancho de un diario de la mañana ó el forro de color de una revista, cuando se está á caza de asunto ó se muestra rebelde la fantasía.

Haciendo la revista de un baile, esta era de tal verdad y tal colorido que os parecía estar allí, entre tanta luz, tanta riqueza, tanta hermosura. Sentíais cómo os embriagaba el olor capitoso de las flores, cómo os arrobaba el perfume sutil de la piel satinada que huele á *Vlan*. Sentís que una risa frágil agujerea el ambiente cálido del salón: era una Colombina aristocrática que se divierte con su novio. Si de un concierto hablabais, allí íbais vosotros y arrellenados en vuestras butacas del Principal oíais á Tamagno cantar el *Otello*, oíais á Brindis de Salas, hacer gemir su violín, "caja de almas difuntas." Por él oí cómo Coquelín declamaba bizarramente el verso y la prosa, del drama francés, y ví sonreír, como sonrien las diosas, á Jeane Hadding. Para la boda regia, tenía él las gardenias frescas, los heliotropos menudos y aromosos de su cesto de mago, cogidas en sus inmensos jardines en floración, donde nunca se agotaron las flores. Aún en el invierno cruel sus *parterres* siempre tenían rosas nuevas. Y para el artista amigo, tenía su pluma rasgos de cariño entrañable y ratos de admiración rara. Para la hermosa que hacía caridad, para esa *Sor Marcelina*, tenía su estilo estallidos de admiración y agradecimiento. Para la aristocrática belleza, guirnaldas de elogios y alfombras de claveles.

Pero la casa, el entresuelo del príncipe Aladino, quedó solo, en el vasto palacio de mármol. Fue el que hizo al país de las sombras su última escapatoria ideal..... pero para siempre. No volverá más. El lacayo de casaca galonada, no anunciará más, con voz alta, este nombre querido á la puerta de los salones. Ha ido ya á ocupar otro, un Marqués que espera un Ducado: Carlos Díaz Dufóo, el travieso, chispeante é inagotable *Monaguillo*.

A Gutiérrez Nájera puede considerársele, sin disputa, el rey de los cronistas americanos. Su fisonomía se presta, da margen para un largo estudio: se trazaría una hermosa silueta para una galería de *portraits*.

La crónica constituye en París un género literario y una profesión. Cronistas hay allá que son inimitables: Scholl, Grosclaude, Severine, Lemaître, Fouquier. Catulle Mendés es un incomparable allá. Aquí en América es comparable: Gutiérrez Nájera es él. Y en verdad que hay muchos puntos de contacto. Ambos son artistas refinados; ambos aman, con pasión, el arte. Le gustaba, como á aquel, la frase chispeante, el período exquisito: el chiste fino, el *humour* franco, la mordacidad que no agravia y hace reír buenamente, la ligereza amable. Gutiérrez Nájera

es el que fué; no; el que es rival del maligno y sutil *chroniquer* y cuentista parisiens.

En Madrid, la crónica elegante, graciosa y pulcra tiene cultivadores. Fernanfior es maestro; Kasaval un exquisito. Carlos Ossorio y Gallardo tiene á veces, en sus páginas de la *Barcelona Cómica*, sus rasgos de brillantez; Clarín hace *paliques* y Fernández Bremón, en *La Ilustración Española y Americana*, quema su pólvora comentando menudencias y haciendo política.

Una crónica de Gutiérrez Nájera de años pasados puede leerse ahora y siempre agrada. Aunque está ceñida al suceso del día, al nuevo hecho, tiene un no sé qué, que atrae y subyuga. Es que el escritor ha sabido hacerla: es que ha puesto en ella algo de su pasión de artista padre, á quien no le gusta que sus hijos vaguen desarrapados. Ha sabido vestirla. La ha perfumado; el cuello y la pechera son de blancura irreprochable: gardenia á la *boutonier*; *monócle*; guantes grises y el frac, correcto, sin la más pequeña arruga. Es el *dandy* caballeroso que sabe reír, y charla como un dislocado y baila el cotillón, sorbe champagene y sabe conquistar corazones y subyugar almitas blancas como un gentil don Juan. *Puck* era buen padre. Sus hijos intelectuales son bien ricos, opulentos; pertenecen á la aristocracia legítima y su árbol genealógico es de los más intrincados y ricos.

Otra faz del cronista: En *El Universal*, sus crónicas políticas, sus charlas de *bric á brac*, que él bautizaba con el genérico nombre de *Platos del día* y firmaba *Recamier*. Cronista á lo Mariano de Cavia siempre; á lo Roquefort algunas veces, pero no tan violento y atrevido como el señor aquel de *L'Intransigent*.

Pero esto no cabe aquí, en este artículo, en que yo quiero ver no más al cronista elegante, al artista que correteaba libremente, no al que hacía política y discutía riendo y fumando, con el coro de amigos, en los pasillos del congreso ó en la mesilla de un café, mientras se paladeaba el *aperitivo*.

Admiro, sí, á *Recamier*; pero no lo adoro con tanta pasión y tanto fanatismo como á Puck, que es inimitable.

ARTURO A. AMBROGI.

## Rimas

¿Con que es un mar esta existencia humana!...

Cómo ha de ser un mar!

si en el mar hay trémendas tempestades,  
espléndidas bonanzas también hay.

Pues bien, en las borrascas de la vida,

La calma en dónde está?

\*\*\*

Qué soy un pobre diablo? Ya lo creo!

Pero afirmo que soy  
un diablo arrepentido, pues deseo  
gozar del cielo en brazos de tu amor.

M. CABRERA GUERRA

## Estancias

A Vicente Acosta

Mi pobre alma, mariposa  
Que vagaba presurosa  
Y aterida en el vergel,  
Fue á posarse descuidada  
En la flor envenenada  
Que le dió su amarga hiel.

Flor ajada y sin colores,  
Ya marchita, sin olores  
Embriagantes, flor común;  
De esas flores que han nacido  
Condenadas al olvido  
Para el fango, y más aún.

Todo el mal que ella me hiciera  
Al olvido yo lo diera,  
En justicia y en razón;  
Mas no quiero....; ante mis ojos  
Veo aún muchos abrojos.....  
¡Desgraciado corazón!

El recuerdo del pasado,  
Cuando ha sido desgraciado,  
Hace al fin reflexionar,  
Y se huye del veneno  
Que escondido hay en el seno  
De la flor aún sin ajar.

De lo falso, creaciones  
Son quizá las ilusiones  
Que deleitan nuestro sér.  
¡Todo es pura fantasía!  
Hechas son de hipocresía  
La amistad y la mujer!

LUIS LAGOS Y LAGOS

## Paisajes de invierno

I

Llueve! Lluvia menuda, como salida de un surtidor, cae lenta, lenta. El cielo está gris, nublado, lleno de brumas. El sol marcha encapotado, como burgués que teme atrapar un constipado y se enfunda en su pesado *ulster* de pieles. Luz color de ceniza, se cierne inundándolo todo. Los techos de las casas, semejan con sus láminas de zinc, juguetes de hoja de lata lustrosa, de un enorme *nacimiento* en una helada noche de Nohël.

Mañana triste! Bajo la caricia picante del viento, tiemblan de frío los árboles de los paseos y hacen castañetear las quijadas de los transeuntes, que van ligeros, al favor de los aleros de las casas, en el rincón del asfalto que no moja esa lluvia lenta. Silencio bochornoso que solo hiere, de cuando en cuando, el ritmo atronador de un rayo que atravieza el espacio ó el grito de un auriga.

Cruza un carruaje, al trote del tronco bizarro. Los pesados cascos de los caballos, zangolotean

en un charco lodoso, que salpica la caja lustrosa, que se mece sobre sus resortes; salpica de lodo las paredes. Las ruedas, al rodar por una de las crecientes espesas que en las calles se forman, produce un ruido de élice de vapor que corta la onda quieta de un mar. Y á través de los vidrios mojados, asoma levantando la cortinilla de seda azul, una cara mofletuda, de rubias patillas, ojos azules y lustrosa calva. En los labios del banquero, se quema un *habano* legítimo y él observa, con ojo ansioso, desde lo alto de su riqueza, ese triste paisaje invernal, esa acuarela gris, que le recuerda un trozo de su tierra brumosa, de su lejana Alemania, color de ceniza.

Y el carruaje corre presto, á los tirones del bizarro tronco inglés, que, á los golpes fuertes de sus herradura, salpica de lodo los andenes, por donde van los que nos tienen oro á montones, ni tienen carruajes, ni fuman ricos habanos, y que abrigan su pobre humanidad bajo la tela raída y amarillenta de un viejo paraguas.

II

En el fondo de un café de *baratillo*; en la salita formada en un rincón de un corredor húmedo, por cuyas persianas salpica la lluvia y se cuele un viento helado, que quema la piel como un trozo de hielo. Cubre las tres caras de pared, un tapiz de papel verde, rameado de tinto: gusto burgués; y las persianas que forman la cuarta cara y que cierra la uniformidad, están pintarrageadas de un color verde rabioso. Cubren estas, multitud de cromos con marcos de madera ó prendidos simplemente con *tachuelas*. Asuntos baladíes, tratados con torpeza: una muchacha que da un beso á su novio, al abrigo del techo ahumado de una cervecería sucia y llena de barricas: un sacerdote de aspecto bonachón, que se come él solo un pavo trufado y se mete al estómago una gruesa garrafa de *chianti vecchio*: un grupo de árboles escuetos, llenos de nieve, y en el fondo una casita pajiza, de cuya chimenea chata brota una columna de humo. Y todo así. La única puerta de la estrecha sala, que da á la cantina, está cubierta por una cortina de zaraza tinta, llena de rayas azules y por donde entran murmullos de voces apagadas por el alcohol y el rasgar torpe de una guitarra desvencijada. En el derredor de una mesa grasienta, está un grupo de desarrapados. Todos tienen al frente un *boock*, de cerveza á medio consumir, y en medio de la mesa, las botellas, vacías ya, muestran su etiqueta blanca en la que se lee: "Cerveza Nacional. *Vale un real*." Unos fuman en pipas negruscas un tabaco de marineros que apesta de una manera horrible; otros charlan entre sí y ríen groseramente; otro abre un periódico grande, un diario de la mañana, y lee entre dientes, en el rincón de una columna, el verso de un amigo, ese mismo bohemio que les paga esas cervezas y les da de fumar, á la salud de sus estrofas. Un grupo curioso, digno de un pincel entusiasta ó del lápiz cáustico de un caricaturista.

III

Al amor de la lumbre, recostado en una muelle mecedora, con un cigarro en la boca y envuel-

to en un gabán de seda, un joven rubio, lee un libro. A su lado, echado, enroscado junto á la chimenea, duerme un perro, y sobre la mesa, llena de libros y periódicos, de *blocs* de cuartillas blancas y otras á medio borrar, se espereza un hermoso gato, de piel blanquísima, relampagueantes sus redondos ojos de topacio, en la penumbra.

Sobre el ónix de la chimenea, donde crepitan los carbones encendidos, se alza un busto de mujer, tallado en mármol albísimo: una Julieta, con los labios sonrientes y entreabiertos, esperando en su actitud soñadora, el beso ardiente de un Romeo invisible. Un reloj hiere el silencio con el ruido cascado de su péndola, el que se une al rumor del agua que afuera cae á torrentes.

El joven lee atento: el perro duerme, y de cuando en cuando exhala un resoplido que hace suspender, por un momento, la lectura de su amo; y el gato blanco, hechado sobre un grueso Diccionario, escudriña las sombras, como esperando ver pasar, á través del espacio negro, entre la lluvia, el fantástico escuadrón de compañeros negros, de brujas á horcajadas sobre palos de escobas, y fantasmas que van camino de la Walpurgis.

## IV

Mañana gris, opaca, casi sin luz. La lluvia ha cesado. El azul del cielo no se columbra, porque las brumas le tejen un espeso manto encubridor. Los techos de las casas están húmedos, relucientes, por el reciente chaparrón; las aceras resbaladizas y las calles lodosas: en medio del empedrado, queda aún un resto del agua fangosa de la creciente: entre las piedras, hay prendidos restos de basuras: trozos de periódicos, hojas secas, cortezas de frutas.....

Las calles tienen un aspecto sutilmente triste.

A la puerta de calle de una casa, está parado un carro del servicio de aseo público: un carrutón desvencijado, de color ocre sucio, que tira una pobre mula, flaca y lanuda. Por en medio de la calle, va, camino del Mercado, un chiquillo sucio, desarapado, que guía á una bestia con dos *árganas* de cuero, muy grandes, que van repletas de carne fresca. Un escuadrón de moscas y moscardones, rondan al rededor de ese festín al aire libre. La pobre bestia camina lentamente, con la cabeza baja, meditabunda talvez; y de cuando en cuando lanza un pujido seco ó un resoplido fuerte y por sus narices y su hocico brota un vaho espeso. Luego, atraviesa la boca-calle una mujer, que lleva sobre la cabeza un enorme canasto lleno de verdura. Bajo el cielo triste, entre la monotonía gris del cuadro, tiene esta nota verde y primaveral un encanto. El rojo fresco del rábano, el verdor tierno de la lechuga, el blanco mate, de marfil viejo, del nabo acuoso; el escarlata de la remolacha, que asoma por los bordes del canasto descubierto su cabeza sacerdotal y curiosa... La mujer camina ligera, meciendo el brazo que le queda libre, de una manera marcial, mientras con la otra sostiene por los bordes su pesada canasta. No pregona sus mercan-

cías, porque en el Mercado tiene su puesto fijo, á donde irán á buscarla las cocineras, sus *marchantas*. Va ligera, porque en este maldito invierno pasan presto las horas. El reloj de *Casa Blanca* ha repetido ya, por vez segunda, las siete de la mañana, ¡y tiene tantas que le hacen la competencia! Pero sus verduras son apetecidas. Una miss inglesa, cocinera de una casa *rica*, le dijo una vez que sus lechugas y sus rábanos, frescos, tiernos, saludables, encantaban á su amo. Y ella, cuando elogia su venta, repite eso en su apoyo: "*Los rábanos le han gustado mucho á un señor rubio.*"

## V

En pleno Parque de Bolívar.

Noche de concierto. El cielo se ostenta negro, encapotado; pero los elegantes y las bellas no temen á la lluvia, porque se dicen para sí mismos: "Lloverá hasta la media noche." Y ellas van al alegre paseo con su capotita bajo el brazo y ellos, los caballeros, con sus paraguas de seda ó su capa de hule sobre el hombro. Corre un vientecito suave, que en el recinto ese, arranca á las flores algo de sus perfumes, que lleva en sus alas. Vibran las notas alegres y retozonas de un vals de Metra y el coqueto kiosco "El Edén" se encuentra repleto de gente que toma helados, bebe cerveza ó paladea una crema. Es una noche escogida de un domingo: asunto precioso é inagotable para un cronista.

De pronto, á un conjuro diabólico tal vez, el airecillo suave se torna en fuerte. Amenaza ya, el que era *rendido* doncel. Y sopla fuerte, fuerte, desprendiendo algunos sombreros de las señoritas, removiendo muchas cabelleras; arrancando y llevándose en sus ondas enfurecidas alguna flor, prendida á un corpiño. A un caballero le arrojó lejos, muy lejos, su sombrero de paja y á otro le botó al suelo su capa, la que la gente en su carrera desafortunada, pisoteó y estrujó toda.

Llueve ya. Caen las gotas primeras con *presteza*, acompañadas de un viento fuerte. Se abren los paraguas; se desenvuelven las capas. Unos corren á refugiarse á los portales, otros van á escape por las calles, bajo la lluvia, camino de sus casas. Una hermosa desbandada. La luz de los focos eléctricos, tiene un claro de plata entre las lluvias. El paseo queda solo y los *parterres*, llenos de macetas, reciben el óbolo con que el cielo premia la alegría de sus colores y su modestia de vírgenes.

Y á través del ruido que produce el agua al golpear en los techos y al caer sobre los empedrados, suena aun su música bullicios y jovial un alegre vals de Metra.

ARTURO A. AMBROGI.

Imprenta Nacional.